

Argentina

3. LOS CHICOS DE LA GUERRA

Eduardo J. Ortiz

Así se llama el libro en el que ocho muchachos de entre 19 y 20 años cuentan sus experiencias como soldados en la guerra de las Malvinas. Esa guerra que hace tiempo ha terminado, pero de la que todavía no hemos terminado de sacar las consecuencias:

Me limito a agrupar por temas algunos de sus testimonios.

Preparación psicológica. "A veces, a modo de broma, mirábamos a los costados y preguntábamos en voz alta '¿Voluntarios entre nosotros?'. Y claro no había nadie". "Muchos chicos creían que no iba a pasar nada. Bueno, muchos oficiales pensaban lo mismo. No sé qué imaginaban". "Hacíamos especulaciones, decíamos que la flota nunca iba a llegar, que estaban a muchos miles de kilómetros, que no se iban a poder abastecer, y así seguimos hasta que empezaron a explotar las bombas y se derrumbó toda la fantasía".

El equipamiento. "La ropa que nos dieron nunca podía servir para tres meses, mucho menos con el invierno ya encima". "Los borceguíes que teníamos no eran los adecuados, no eran para montaña y estaban siempre mojados". "Andábamos todo el día con los pies helados. Y estando los pies helados a uno ya le da la sensación de que tiene frío en todo el cuerpo" ... "En cambio los ingleses aparecían con unos trajes bárbaros, y con botas impermeables".

Armamento. "Las municiones que teníamos no eran muchas. Teníamos cuatro cargadores cada uno, y cada cargador tiene veinte municiones. Cuando llegó el momento de pelear nos quedamos sin municiones en una hora y media o dos. En mi compañía casi todos tenían Pam, una ametralladora muy vieja, que ya casi no sirve para nada. Había dos pibes a los que no les funcionaban. Tenían que tirar "tiro a tiro", es decir tirar un tiro y volver a cargar en forma manual. Las llevaban a arreglar, pero les decían que no podían. Al final nunca se las arreglaron. Me acuerdo que uno de los pibes decía: 'yo no los peleo con el fusil; prefiero tirarles las municiones con la mano'".

Preparación militar. "Yo, durante la conscripción había sido oficinista; ahora tenía un fusil en la mano. Sabía usarlo, no voy a decir que no, pero me faltaba práctica. Había réndido solamen-

te cinco condiciones de tiro en todo mi servicio militar ... Charlando con los ingleses (al regreso), cuando les conté que yo tenía sólo cinco condiciones de tiro y cincuenta días de instrucción, se pegaban la cabeza contra las paredes del barco. No entendían nada". "De a poco nos fuimos haciendo a la guerra; aprendimos sobre la marcha. Y siempre la experiencia llegaba un poco tarde".

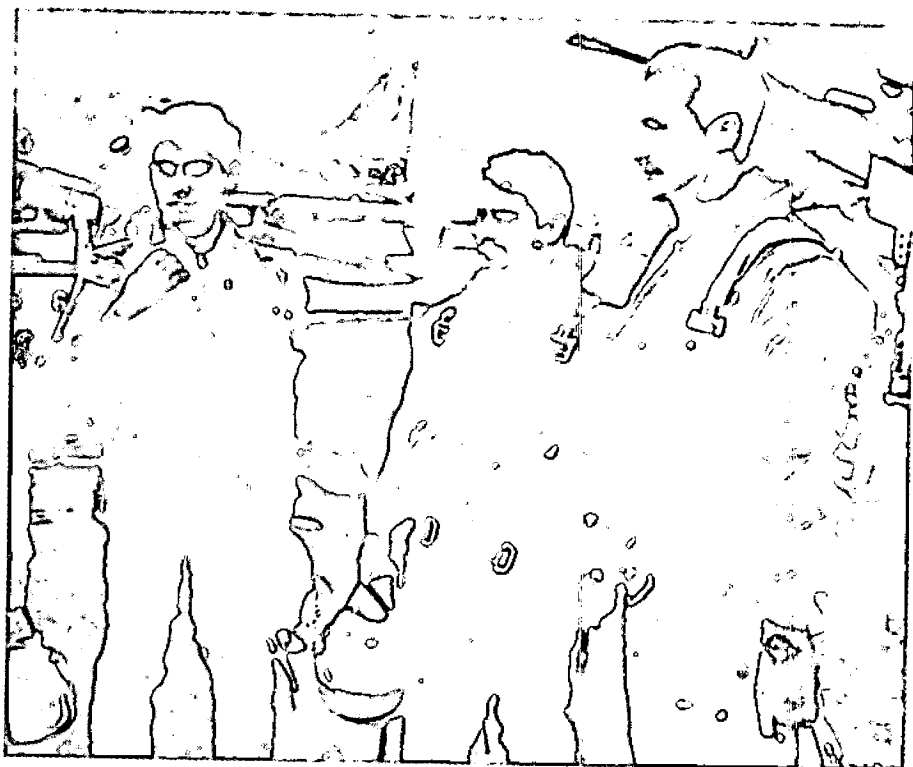
Hambre. "A medida que empezó a faltar la comida los soldados comenzamos a bajar. Bueno, la verdad, íbamos a robar, esa es la verdadera palabra. Nos escapábamos, hacíamos caminando los cinco kilómetros hasta el pueblo, y a escondidas de las Policía Militar, como rateros, robábamos comida en los depósitos. Si no, nos moríamos de hambre". "Incluso tomábamos agua de charcos ... y no teníamos pastillas, como después vi que tenían los ingleses, para potabilizar el agua".

Desubicación. "No sabía dónde estaba parado. Si me preguntabas cuál era el sur y cuál el norte no te podía contestar. Por ahí me decían 'replegarse' y salía corriendo para el otro lado ... Al volver como prisionero conversé con algunos de los ingleses y ellos me mostraron una carta geográfica, muy

pequeña, de bolsillo, con puntos de colores, en los que estaban marcadas hasta nuestras posiciones".

El desembarco. "Al principio nos decían que eran nada más que 200 ingleses, que estaban acorralados. Pero después nos fuimos enterando de la verdad. 'Por qué nos mintieron?' nos preguntábamos. Ellos desembarcaron, en una semana, la misma cantidad de gente que nosotros en un mes, repartieron el triple de comida y colocaron diez veces más artillería y municiones".

La tensión. "Después de una determinada cantidad de horas de estar en el frente a los ingleses les llegaba el relevo. En un helicóptero los sacaban y los llevaban a un lugar donde comían, tenían asistencia médica, todo lo que necesitaban. Nosotros, en cambio, estábamos siempre en el mismo lugar, muertos de frío, con hambre. Nosotros llevábamos sesenta días en las islas y ellos quince o veinte. Ya no aguantábamos más". "Un chico cuando le faltaba media hora para cumplir la guardia se tiró a dormir. El cabo le preguntó por qué hacía esas cosas. 'Mire mi cabo' —le contestó— 'yo no quiero saber nada más. ¿Sabe que quiero yo? Que venga un avión y que me haga mierda. Yo ya le



pedí al sargento primero que me mate' ”.

El ataque final. “A las diez de la noche yo estaba de guardia. De repente empecé a sentir algunas voces. Desperté a Gustavo y le dije: ‘Escuchá, escuchá cuántas voces’. Pero él me dijo ‘ya estás escuchando fantasmas’. Y al segundo nos quedamos los dos mudos. Las voces no hablaban en castellano. Ahora sí, nos convencimos, hablaban en inglés”. “Nos atacaron por todos lados, desde tierra y desde cuatro fragatas. A las diez y media de la noche empezó el bombardeo final sobre nuestras posiciones. Eso sí fue algo indescriptible; caían tres proyectiles por segundo. Nosotros hacíamos lo que podíamos. Apenas si podíamos protegernos y de vez en cuando contestar el fuego. No podíamos levantar la cabeza; el que levantaba la cabeza del piso la perdía. Fueron cuatro horas respirando barro. Comenzaron a lanzar bengalas, de 10, de 15 a la vez, y todo quedaba iluminado como si fuera de día. parecía la iluminación de un estadio de fútbol. Eran tres veces más que nosotros”.

Los gurkas. “Venían estimulados, muy dopados, se mataban entre ellos mismos. Avanzaban caminando, sin protegerse, a los gritos, escuchando música con los ‘walk-man’. Les habían lavado el cerebro y no les importaba nada. No era difícil matarlos pero eran demasiados. Era como robots; un gurka pisaba una mina y volaba por el aire, y el que venía atrás no se preocupaba en lo más mínimo. No tenían instinto de supervivencia. Donde veían una fortaleza te hacían salir, y una vez afuera, aunque te rindieras, te cortaban la cabeza ... Los ingleses venían detrás, con el camino casi limpio”.

La retirada. “Teóricamente íbamos a recibir por radio las órdenes; pero en medio de aquel desorden nunca recibimos ninguna orden. Llegó un momento en que ya no podíamos seguir allí un instante más. La orden de repliegue no llegaba, no había oficiales cerca de nuestra posición y tuvimos que tomar una decisión. Decidimos bajar a la ciudad, no nos quedaba otra posibilidad. Así y todo bajamos con miedo. Pensábamos que tal vez eso que hacíamos era desertar ... Y resulta que cuando llegamos a Puerto Argentino nos dimos cuenta que habíamos sido de los últimos en replegarnos” ... “Empezamos el repliegue, corriendo lo más rápido que podíamos. Cuando me paraba y miraba el panorama lo que veía era horrible. Todos corrían como locos. Era una lotería; salir vivo o muerto era nada más que cues-



tion de suerte. La verdad que cada uno, en el medio de ese despelote, hacía lo que podía”.

El desfonde. “Daba bronca no poder pelear de igual a igual y, aunque sea, haber perdido con más honor. No soporto la idea de que hayamos perdido así, que nos hayan pasado por arriba”. “Fueron momentos muy jodidos. Los chicos que se replegaban tiraban todo el equipo en la calle y se ponían a llorar. Las calles estaban llenas de chicos llorando. Creo que si por arte de magia uno llevaba a una persona desde acá, y la dejaba ahí, en ese momento, presenciando esas escenas, se ‘volvía loco”. “Le pedíamos a Dios que todo terminara de una vez. Íbamos a perder las islas pero no habría más muertes”.

La rendición. “Nos vinieron a avisar que se había terminado todo. Al otro día, temprano, fuimos al aeropuerto para entregar las armas”. “Nos juntamos todos en galpones. Y allí fue donde comenzamos a descubrir galpones y más galpones llenos de comida hasta el techo!, tan llenos que en algunos casos no podíamos entrar nosotros de tanta comida que había”. “Lo que más me dolió fue que ellos me tuvieran que dar de comer, con la propia comida argentina cuando estábamos en tierra, y con la comida inglesa en el barco. Eso me dolió; que ellos nos dieran de comer bien y que los argentinos no hayan podido. O no hayan querido, qué sé yo”. “Ya sin armas nos permitían caminar

por la ciudad. Y allí, en esas caminatas, comencé a descubrir montones de ‘containers’ llenos de ropa, botas, bufandas. Es difícil explicar la indignación que nosotros, después de tantos sufrimientos, sentimos al encontrar tanta ropa y tanta comida”.

El regreso. “Después que nos tomaron prisioneros, los ingleses, en tierra o en el barco, siempre nos trataron bien”. “Cuando llegó la hora de subir al Canberra, nos sentimos aliviados. Después de lo que habíamos vivido fue como un crucero de placer. A mí me tocó viajar en un camarote, con baño privado, ducha, el piso totalmente alfombrado, calefacción. A la hora de comer nos llevaban al comedor y nos daban media hora de tiempo, como para que pudiéramos fumar el cigarrillo que nos entregaban con la comida. Allí se notaba la organización que tenían; nos daban de comer a 4.700 tipos sin inconvenientes; todos comíamos lo mismo, en orden, por turnos, sin ningún problema”. “La comida era muy buena y estaba muy bien balanceada”. “Ellos comían lo mismos que nosotros”. “Cuando bajamos del Canberra nos entregaron una tarjeta. En inglés nos agradecían la visita y decían que esperaban que hubiéramos tenido un feliz viaje”.

Otra vez ‘en casa’. “Nos bajaron del avión (en Buenos Aires) y sin explicarnos nada, nos llevaron directamente a la Escuela Lemos. Nos dio una bronca bárbara a todos. Todos queríamos ver a los nuestros, después de tanto tiempo; queríamos decirles que estábamos vivos, que estábamos bien. Desde afuera llegaban los gritos desgarradores de algunos padres. Uno escuchaba a esas madres gritando y se desesperaba”. “Estábamos como enjaulados y no nos dejaban llamar por teléfono”. “Y allí nos tuvimos que quedar, durmiendo otra vez amuchados, con colchones en el piso, en una cuadra. Te juro que en ese momento me acordé del Canberra y de la organización de los ingleses, de la coordinación y el respeto con que se movían, y me puse a pensar: ‘¿Qué es lo que nos falta a nosotros los argentinos? ¿Qué es lo que nos pasa?’ ”.

KON, Daniel. **Los chicos de la guerra. Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas.** Edit. Galerna, Buenos Aire, 1982, 224 pp.